

Eran otros tiempos

José Fernández Bedmar
Economista

A modo de prólogo

Pienso que los que disfrutamos, por suerte, de una edad avanzada -señal de que hemos vivido todos los años, con sus pros y sus contras-, y que ojalá con permiso de la Divina Providencia sean muchos más, estamos en condiciones de comparar lo que era antes nuestro discurrir diario y lo que es ahora nuestra vida.

Recordando los versos de Jorge Manrique en las *Coplas por la muerte de su padre*, cuando habla de que «cualquier tiempo pasado fue mejor», aparte de que modestamente discrepe del fondo, -hay que analizar la frase dentro del contexto- no entro en disquisiciones, y opino que todo tiempo anterior fue diferente simplemente. Según esta base de partida, trataré de enfocar mis reflexiones en este recordatorio de unos años que nunca más volveré a vivir. El discurrir de nuestros días en épocas anteriores era sencillo, en ocasiones idílico, sin grandes problemas, y adaptado a tradiciones seculares, que, por otra parte, no ofrecían perspectivas que fueran deseadas, simplemente por ser desconocidas.

Pero en los años 50 del pasado siglo se produjo un hecho decisivo para la Humanidad, nació la informática con sus avances tecnológicos en todas las ramas del saber y que revolucionó nuestras vidas para un futuro mejor, pero incierto. Se introdujo en ellas y las cambió de arriba abajo, incluso mediatizó nuestras normas de comportamiento. Después, ya en el siglo actual, se desarrollaron las redes sociales, siendo el portal de inicio de unos nuevos sistemas de convivencia y de relaciones humanas.

Pero estos avances no significan renuncia u olvido de nuestro pasado, que es historia viva en nosotros. La disfrutamos y hemos de recordarla con cariño. Por eso decía que el tiempo pasado no fue ni mejor ni peor sino diferente y, trayéndolo ahora aquí como en un trailer cinematográfico, lo volveremos a revivir.

Nuestras costumbres y nuestras vidas en nada se parecen a nuestro pasado. Todo ha cambiado. Vestimos de diferente manera, comemos distinto, no leemos ya los diarios ni los maravillosos libros de papel que llegaban a nuestras manos, nuestro ocio está lleno con actividades diferentes y hasta las relaciones sociales en nada se parecen a las de antes, y todo está mediatizado por la tecnología. En resumen, somos otros y pensamos de forma diferente. En estas líneas trataré de argumentar mis reflexiones partiendo de mis vivencias personales, por lo que adquirirán un cierto tinte autobiográfico. Lo que viví en aquella edad lo recuerdo ahora con nostalgia y lo echo de menos en estos tiempos actuales.

Recordando el pasado y por ser parte de mis recuerdos juveniles traigo aquí el trabajo de un gran amigo mío -a propósito de lo que estoy comentando-, que refiere vivencias de aquellos años pretéritos, que compartimos. Hace algo más de diez años trabajaba yo asesorando una empresa que tenía necesidad de comprar unos terrenos para ampliación de sus actividades, cuando al leer el nombre del propietario de los mismos, me vino a la memoria que aquel nombre me era conocido de muchos años atrás. En la confianza de que se acordara de mí -habían pasado casi setenta años- le llamé al teléfono de contacto y al preguntarle el nombre y decirle quien era yo, me contestó: *Entonces, ¿tú eres Pepito...?* Mi sorpresa fue mayúscula al pronunciar mi nombre de niño y comprobar su buena memoria (señal inequívoca de que persistía el recuerdo de una amistad leal y sincera, pese a los muchos años transcurridos), continuamos nuestra charla rememorando «cosas» y batallitas de aquel entonces, siendo el final de aquella grata conversación formalizar el negocio que era el motivo principal de la llamada.

Resuelto nuestro «negocio» y ya en un tono más distendido, me dijo: *Parece que ha sido una premonición, pero hace algo de tiempo me acordé de ti y lo hice por escrito.* Continuó la conversación y me comentó que unos meses atrás había publicado un artículo en el periódico ABC relativo a asuntos propios de su profesión y en él incluía una referencia a una anécdota de nuestra niñez que protagonizaba yo. Me estoy refiriendo al ilustre doctor en medicina, catedrático emérito de Medicina Farmacológica y Jefe del Servicio de Farmacología de la Universidad de Córdoba Rafael Martínez Sierra, compañero de juegos infantiles y andanzas de mayor, nacido en Cabra como yo. Me prometió enviármelo y así lo hizo; lo conservo como oro en paño por el significado entrañable de los tiempos a los que hace referencia y por el reflejo de su personalidad profesional. Su intención era hablar de los «Visitadores médicos» y ese fue el *leitmotiv* de lo que a continuación voy a narrar.

Comienza así...

Todos los niños tenían que haber pasado su infancia, como yo la mía, en un pueblo. Los pueblos eran enciclopedias donde por imbibición se aprendía lo que nunca habríamos aprendido en las ciudades. Sin necesitar invitación ni que nos vistieran de nuevo, íbamos a los bautizos, bodas, velorios y hasta entrábamos en las cámaras mortuorias de los agonizantes. Aprendimos el lenguaje de las campanas, de cuando tocaban a arrebato y de cuándo y por quién doblaban. Nos arrodillábamos en la calle al oír el tintineo de la campanilla del monaguillo que precedía al cura con el Santo Viático.

El contacto con la muerte propicia un aprendizaje real del carácter de nuestra naturaleza, a pesar de la temprana edad. Repudiamos pronto la violencia cuando veíamos a los mayores dar vergajazos, entre risotadas, para que se separaran dos perros entrelazados por el celo y nos espantaban los desgarrados gemidos, entre copas de anís y coñac de matarifes y matanceras, en «la fiesta» de la matanza del cerdo. La proximidad con los animales nos enseñaba a quererlos y nos documentaba más que los libros de biología, sexología o los documentales de la dos que allí no se veían.

Los juegos en los pueblos no tienen nada que ver con los niños de las ciudades- Allí las calles, callejones, plazas, tejados y tapias no tenían puertas para nosotros, y convertidos unos en policías y otros en ladrones, nos perseguíamos sin encontrarnos hasta que el sol se ponía. Los pueblos pertenecen a los niños. A los hombres les bastaba con el bar, a las mujeres con las letanías y en la feria se aviaban con sangría y boleros en la caseta municipal. Esto dejaba aún más tiempo para que depredáramos el viento y las galaxias, hasta altas horas de la madrugada, por las serpentinadas callejuelas empinadas.

Nunca entendí por qué cuando los pueblos los convirtieron en ciudades no tuvieron en cuenta a los niños, sus auténticos dueños. En mis primeros viajes a Centroeuropa descubrí que allí si los consideraban, reservándoles en cada manzana cotos para que retozaran. Aún no he olvidado la humillación cuando, en mi pueblo reconvertido, el primer guripa que pasó rajó prepotente mi pelota porque allí, aunque no pasaran coches, los niños no podían jugar.

Había una hora en la que en el pueblo ocurrían dos hechos insólitos y simultáneos: Las doce del mediodía. Las campanas tocaban al Ángelus. Los ancianos al sol de la racacha se quitaban la boina, algunos se santiguaban, y los niños parábamos de correr. En pueblo quedaba sepulcralmente inanimado. Como un resorte, al último toque, todo recuperaba su alma y como en una estampida salíamos veloces a la plaza. Era el momento de esperar con ansiedad quien venía en la camioneta que llegaba de la estación del tren, a once kilómetros de distancia. Al ver mujeres secándose las lágrimas sabíamos que llegaría su «héroe» de permiso, y fantaseábamos con el día que nosotros fuéramos tan importantes; con ese impresionante uniforme, su capote y con el gorro de borla roja que, con devoción, recogíamos del suelo pues con los estrujones de madres, tías, vecinas y novia lo destocaban.

Un día, la camioneta nos sorprendió con un letrero encima de la cabina: «CABRILLA-ESTACION Y VICEVERSA» ... ¿Qué es Viceversa?, me preguntó Paquito el del bar. No lo sé, contesté, será un pueblo. Y Pepito, el hijo del dueño de los ultramarinos, que siempre se metía donde no le llamaban, asintió con autoridad, Sí, es una ciudad, mi padre me lo ha dicho y él ha estado en ella.

Por lo súbito del descubrimiento, «Viceversa» se convirtió para mí en un pueblo de ensueño. Me lo imaginaba como en mis cuentos. Como Bagdad (qué ironía) con alfombras voladoras, enjaezados elefantes y camellos. Como las cuevas de Alí Babá llenas de tesoros... Y cuando un niño me quiso demostrar que los Reyes Magos eran los padres, porque en la camioneta del día anterior había visto bajar una enorme burra de cartón que me echaron, con contundencia le contesté: Los Magos tienen palacios en «Viceversa» y desde allí me la mandaron.

Era para nosotros un orgullo y nos creíamos importantes, dando a quienes no estuvieron en la parada, la primicia con todo lujo de detalles de los recién llegados. Eso nos hizo desarrollar una gran capacidad de observación y descripción. A mí, lo que me provocaba más sorpresa y hacía temblar de emoción, más que cuando venía Isabelita (la sobrina del cura, que ya jugábamos a mirarnos), era cuando llegaba «el representante».

Era alto, pero no tanto como mi padre, elegante como mi padre, siempre con corbata como mi padre y hablaba más fino que mi padre. Mi padre no se echaba colonia y él sí, esto yo lo llevaba peor, pero lo disculpaba. Los niños de mi pueblo no entendíamos que los hombres se perfumaran como las mujeres. Pero aquel hombre no podía ser mariquita, no, nunca. Discutí con amigos esa cuestión y nos rompimos las narices en alguna ocasión. Yo sabía que venía de «Viceversa» y su olor no era a Heno de Pravia; olía a los aromas, que todo lo impregnaban, de esa ciudad de fábula. Mis ojos no se separaban de la gran cartera de cuero que traía, intentando adivinar cuantas sorpresas contendría. A hurtadillas lo seguía hasta mi casa, como no podía ser de otra manera.

Se hacía eternidad la cantidad de tiempo que pasaba hablando en el despacho con mi padre. Mi madre ese día nos ponía a los niños la comida en el comedor de diario, como siempre, pero para ellos tenía preparada la mesa del comedor grande, donde comían con el obispo cuando la visita pastoral u otras personas importantes.

Fue el primer hombre que vi besar la mano a mi madre, y me sorprendió que ni ella ni mi padre se extrañaran. De todas formas, ese detalle no se lo conté a mis amigos del pueblo. De la cartera sacaba y nos daba papel secante de muchos colores, láminas, recortables de futbolistas, libretas, cuentos, tebeos, lápices de colores y gomas de borrar grandes. He de confesar que me hacía tanta

ilusión como cuando llegaban los Reyes Magos. Me moría porque me contara cosas de «Viceversa». Más nunca me atreví a vencer mi timidez. De la próxima vez no pasa, me decía.

Para la hora de la cena mi padre terminaba la consulta y, si no tenía que hacer ninguna visita a domicilio, en la sobremesa comentaba con mi madre que, aunque no ejercía era farmacéutica, las novedades que «el representante» le había traído. Recuerdo con la especial emoción, que le dijo: Virtudes, la penicilina la tenemos ya muy cerca. En la plaza de toros de Granada tienen ya unos frascos por si hay una cogida y, de estraperlo en Madrid, Perico Chicote la vende. Yo escuchaba con disimulo, pintando con mis lápices nuevos, para oír las fantásticas noticias que trajo e intuí que aquella era tremendamente importante.



Uno de los primeros autobuses de Cabra del Santo Cristo, popularmente conocido como «La Marranica», terminó haciendo el servicio entre Cabra y su estación. Fuente: «Fotos para el recuerdo», grupo de Facebook de fotos antiguas de Cabra del Santo Cristo.

Hasta aquí llegaba la narración costumbrista en mucho de su contenido- de algunos recuerdos infantiles de Rafael vividos en nuestro pueblo, en el caserón domicilio de sus padres, y que creo recordar que era la casa-palacio del Marqués de la Rambla y en cuyo enorme patio -serían las antiguas caballerizas, por el enorme portón de acceso a la calle-fue testigo de nuestros juegos. Después de lo transcrito que considero como introducción, y que estimo de mi parte con un gran afecto, continúa su artículo con reflexiones divulgativas de su vida profesional, y que por su interés también transcribiré después para conocimiento de la personalidad de éste ilustre hijo de Cabra, inolvidable amigo y compañero de juegos y aventuras en nuestra niñez, compartidos intensamente con el resto de la pandilla.

Fuimos un grupo inolvidable: Rafaelito, Paquito Caro, Pepe Tello, Lalo Cardenete, Manolito Vicente y yo. Éramos inseparables y solamente el destino fue reduciendo el número. Paquito se nos fue en un accidente de tráfico en los años 50; Tello, Lalo y Manolito

se fueron, después de una vida no excesivamente larga. A propósito de estas letras, tengo que llamar a Rafael para saber de su vida, ya que desde la anécdota anterior no sé de él. Quedamos Vicente y yo, que de vez en cuando recordamos tiempos pasados. Siempre me pregunté, a cuenta de nuestros nombres, ¿por qué nos ponían el diminutivo ito en el nombre?, pienso que era por niños, pero fuimos creciendo y el diminutivo se quedó. El grupo, ocasionalmente, aumentaba con otros; Quinillo, Antonio Sánchez y Antonio Herrera también dieron guerra por entonces.

Sin ánimo de incurrir en soberbia, nuestra tierra fue fecunda en parir hijos de gran nivel intelectual que destacaron en sus actividades, alcanzando gran relieve en sus profesiones que fueron ubicados como naturales de otros lugares, como fruto de la diáspora por mor de sus carreras o profesiones. Esto siempre fue ley de vida, pero bueno es recordarlo. Sin menosprecio de los cercanos, nuestro pueblo tenía y tiene un sello distintivo y un afán de superación continuo, con inquietudes que hacen pensar como que nuestros conciudadanos llevaran en los genes un afán de prosperar lejos de la mediocridad, que siempre fue envidia de ajenos, siendo considerado el nuestro como la «capital» y centro neurálgico de la comarca. Quizá sea ello para compensar los limitados recursos económicos de nuestra «renta per cápita», circunscrita al sector primario y poco más; para ello habría que recordar la desaparición de la industria textil del esparto que tantos beneficios nos trajo, pero esas son otras cuestiones, lejos de mi intención de recordar lo que fue el tiempo pasado y que sería interesante abordar en otro foro. De allí han salido y salen ingenieros y peritos, profesores y catedráticos en todos los ámbitos, notarios, cirujanos, médicos, economistas, abogados, doctores, etc.; en todos los sectores han brillado profesionalmente y han dado una gran imagen, siendo más conocidos fuera que en nuestro lugar de nacimiento. Cabra o Cabrilla, como a muchos les gustaba denominar a nuestro pueblo, siempre tuvo y disfrutó de un gran nivel cultural, creo que sería (?) por efecto del «agua de la higuerrilla» - la del Moralejo-, como decía mi antiguo maestro don Manuel Herrera: *«éste no ha bebido de la fuente de la higuerrilla»*, cuando se refería a alguien no bien dotado intelectualmente o con cortas entendederas.



Una de las promociones de la escuela de don Manuel Herrera. Fuente: «Fotos para el recuerdo», grupo de Facebook de fotos antiguas de Cabra del Santo Cristo.

Y siempre fue así, porque los cabrileños siempre estuvieron dotados de inquietudes intelectuales y artísticas de toda índole. Mi padre me contaba que, en los años 20, casi 30 y posteriores del siglo pasado, existían asociaciones y agrupaciones que realizaban una gran labor cultural. Existían dos casinos con una marcada diferencia social, pese a lo cual mantenían relaciones de amistad y colaboración en eventos u organización de actividades artísticas a través de la «Sociedad Cultural Amigos del Arte», y se fomentaban grupos teatrales de aficionados que daban gran relieve a la vida cotidiana de los paisanos y a sus relaciones sociales. Yo conservo de mi padre obras teatrales autografiadas por sus autores y que fueron representadas por aquellos aficionados; los Hermanos Quintero, Benavente o Martínez Sierra y otros, eran autores que frecuentemente eran llevados a las tablas del Teatro Prim por la juventud de entonces, que aportaba un gran nivel a la vida social de aquellos años. Luego, en los años 50 se construyó el Cine Benavente lugar en el que actuaron artistas populares de primera fila o compañías de teatro, intercalando sus actuaciones con la proyección de películas de actualidad. Los actos sociales eran para disfrute de los actores y de sus familiares, creando un gran ambiente de amistad y unión. La existencia de gran número de aficionados a la música hacía que proliferaran instrumentistas de cuerda o de viento, que dieron lugar a rondallas o pequeñas orquestas que frecuentemente en los casinos o en otros lugares se organizaran fiestas y bailes populares que permitían una animada convivencia.



Rondalla fundada por don Manuel Pelegrín.
Fuente: «Fotos para el recuerdo», grupo de Facebook de fotos antiguas de Cabra del Santo Cristo.

En aquellos años 50 y posteriores se produjo la expansión de Cabra; el buen hacer de un inolvidable alcalde don Arturo del Moral, médico, dio lugar a la construcción de numerosas obras municipales (urbanización de calles, traída de aguas a domicilio, el mercado municipal...) y a un próspero desarrollo de la industria del esparto trajo la mejora del nivel de vida del pueblo, pero la caída de esta industria por la competencia de otras fibras y la emigración masiva de muchos cabrileños, en busca de mejor fortuna, trajo como consecuencia la desaparición de muchas de estas actividades culturales y artísticas, que tanto fomentaron la buena fama de Cabra en toda la comarca.

Después de este arrebato de amor, por mi parte, a la patria chica y a mis paisanos, continuó con el relato al que antes me refería, y que seguía así...

.....

Mi pueblo lo convirtieron mis padres en ciudad y mi ciudad se convirtió en la capital de España, donde yo terminaba el doctorado en Medicina. Para ayudarme a que mi mujer, Rafa y María subsitiéramos, mi maestro el profesor Velázquez, me dijo: El dueño de los Laboratorios Promesa, profesor Guillermo Folch, catedrático de Historia de la Farmacia, me ha pedido un asesor que sea médico-farmacólogo. Te ha propuesto a ti. Será compatible con tu dedicación exclusiva a tu carrera académica.

Mi trabajo, que resolvía desde la facultad, era muy simple: Contestar por escrito a consultas de médicos sobre sus productos, traducir separatas, escribir las fichas para el Vademécum y hacer resúmenes para cartones que enviaban a los médicos con publicidad de sus medicamentos. Obsesionado con el sexo, más para el mismo que por comercializarlo, el director de los Laboratorios Promesa pretendía que le investigara una sustancia para la disfunción eréctil (alucinó al saber que en mi laboratorio con la fenilalanina conseguía aumentar significativamente el mounting de los ratones).

Cuando me trajeron de la imprenta los impresos sudé. Aquella propaganda iba en papel secante, igual al que me regalaba el «representante». Tomé cuenta de algo excepcionalmente admirable y de una tremenda injusticia histórica.

En aquel mi lejano pueblo y tiempo, no llegaban revistas científicas ni de divulgación. No había conferencias ni internet. Las nuevas ediciones de libros, si se hacían, eran muy de tarde en tarde. Yo veía a mi padre leer y releer sus maravillosos libros, ahora mi más preciado tesoro, escribiendo al margen los tratamientos que utilizaba y los resultados obtenidos. Pero aquellos textos eran de cuando terminó la carrera, unos veinte años. ¿Quién actualizaba a aquellos médicos en pueblos de donde no podían salir, ni en invierno ni en verano? ¿cómo podrían asistir a la facultad y reciclarse, si estaban solos tanto para un parto como para un ángor? Ir a la capital o a Madrid, al no tener coche particular, a consultar con un compañero, significaba como mínimo dejar al pueblo cuatro o cinco días abandonado, pues ni practicantes había.

Fue entonces, al cabo de tantos años, cuando descubrí que «el representante» lo que le llevaba a mi padre no eran sólo muestras gratuitas, ni mecheros de sobremesa, de un laboratorio concreto. Lo más preciado era que le informaba de todos los avances terapéuticos. En definitiva, «el representante» era de la única formación continuada de la que mi padre, y casi todos los médicos, disponían.

El profesor Folch me dijo: Tengo una convención con nuestros visitantes médicos y quiero que les dé una charla de los nuevos fármacos que hemos comercializado. La imprimiremos para que luego la estudien en sus casas. Lo sentí como una de las propuestas más ilusionantes que profesionalmente podrían ofrecerme. Don Guillermo continuó: Pero tenga en cuenta que no es conveniente que les hable de los efectos adversos de los medicamentos. Los «representantes» no son médicos, ni son sus alumnos de medicina. Tenemos que enseñarles a que, como discos rayados, repitan sólo los beneficios de los fármacos. Son capaces, si no lo hacen así, de asustar a los facultativos y que no los receten. Este es un gremio muy especial. Me pueden llevar a la ruina. Y ese ignominioso desprecio hizo que aquella súbita alegría se me convirtiera en un amargo día.

Di las conferencias, haciendo caso omiso de las vergonzantes recomendaciones del señor director, con la dignidad y rigor que me merecían los hombres que actualizaban a mi padre. Cuando terminé, superada por fin la timidez, me interesé por sus vidas y haciendas.

Al recibir las galeradas para que las corrigiera me indigné al comprobar que, al igual que en las fichas para el Vademécum, habían sido minimizados los efectos secundarios y colaterales de los medicamentos que yo había expuesto en mi disertación y escrito en mi revisión.

Salí del despacho del dueño en silencio, recobrando la libertad e identidad de mi pueblo, ofreciendo como homenaje a «el representante» mi gesto. Fortalecí el aliento pensando en el inmenso esfuerzo que otros de la Industria farmacéutica, por mitigar el dolor y mejorar la calidad de vida de la humanidad, con escrupulosa ética y gran riesgo están invirtiendo.

No volví a pisar ese laboratorio nunca jamás.

.....

Este es el final del relato que Rafael, «*Rafaelito*» como le llamábamos cariñosamente dentro de nuestro círculo de amigos, escribió y publicó como decía antes. Lo he incluido totalmente dado a su interés, porque mis recuerdos se entrecruzan con los suyos, reflejando la sociedad que vivíamos en Cabra en aquella época.

Niñez y adolescencia.

Dando un salto atrás y yendo al principio de su artículo, coincido con él en su totalidad y entiendo modestamente que nuestra población infantil, todos los niños, deberían vivir en un pueblo, si ello fuera posible, hasta alcanzar la adolescencia. La educación en sus calles era diferente que en las ciudades. Era una escuela especial, donde se formaba su personalidad, recibiendo enseñanzas, practicando actividades, y adquiriendo una educación que no recibían ni en su casa ni en la escuela o en el colegio, aprendiendo a vivir en libertad y que compartían con sus compañeros de juegos, de aventuras o condiscípulos, en cada caso. Salvo la disciplina de los padres que cada niño debía de aceptar, el resto de su formación la adquiría en la calle con total libertad, que compartía con sus amigos y compañeros de juegos.

Cierto que ahora ya no es posible, dado a que nuestra sociedad nos ha igualado a todos; los niños de los pueblos son iguales a los de las ciudades y hasta en los pueblos tienen lo que pueda apetecer en las ciudades, al haberse igualado la educación en todos los lugares. Hoy el niño, casi desde su infancia, aprende a manejar la tablet, el teléfono o el ordenador, y demás artilugios que la moderna informática le proporciona y hasta aparca la ya obsoleta *Nintendo*, pese a que apareció, como quien dice, hace tres días. El niño es selectivo y elige dispositivos que le producen más satisfacción, le ofrecen mundos irreales a los que se está habituando y convive con héroes imaginarios modernos que a nosotros nos suenan a música celestial. Y la paradoja es que hasta les consultamos con total confianza y fe en el éxito cuando tenemos algún problema informático para que nos lo resuelven a plena satisfacción.

Pero no se trata de conocer lo que hacen nuestros niños de ahora, sino de recordar lo que fuimos nosotros y, creo que, sin exagerar, disfrutamos en plenitud, en aquellos años ya lejanos y fuimos felices con lo que era cotidiano de nuestra vida social. He de decir de antemano que los años 40 y 50 del siglo pasado fueron para mí los de mi niñez y de mi juventud y son los que me hicieron ver la vida que viví y el medio que me rodeaba. A estos recuerdos, a parte de ellos, me refiero, toda vez que otros no existieron para mí, puesto que fueron unos años en los que conviví con mi generación en el pueblo. Después ya me vino otra época a la que no puedo renunciar, pero que marcó un todo diferente y que me llevó a la actualidad y a muchos días de trabajo y dedicación a mi profesión y a mi familia.

Por eso decía que este recordatorio de los años pasados, ateniéndome a lo que contemplaron mis ojos en aquel entonces, adquiere un tinte casi autobiográfico, aún sin proponérmelo, ya que mi memoria fue de imágenes que quedaron grabadas en mí. Hablo o narro situaciones o hechos que a mí se refieren, pero que en ellos se recoge el ambiente de aquella sociedad. Fui un niño como tantos otros, ni más ni menos, y moviendo recuerdos hacia atrás, fueron tiempos en los que determinados sucesos los recuerdo con una fidelidad distinta a lo que hubiera hecho una persona mayor. El fin de nuestra guerra civil me cogió con tan pocos años que poco puedo recordar; sin embargo, hubo hechos o circunstancias que, pese a mi corta edad, se me quedaron grabados en la memoria.

Afortunadamente recuerdo el día del fin de aquella contienda fratricida. Cuando se supo la feliz noticia, el pueblo, sus gentes, se echaron a la calle con alegría, y músicos de los que formarían la banda municipal posteriormente tocaban alegres melodías en el jolgorio general; yo hecho un pequeñajo, que junto a mi hermano Antonio jugábamos en la calle me ví envuelto en aquella algarabía, siendo rescatados por nuestra madre de aquella baraúnda, que pudo propiciar unas victimas infantiles, arrollados por la alegría. Nunca olvidé esta escena, sobre todo por lo que representaba del fin del dolor y de inicio de una nueva esperanza.



Banda de música en la década de los treinta del pasado siglo.
Fuente: «Fotos para el recuerdo», grupo de Facebook de fotos antiguas de Cabra del Santo Cristo.

Los niños de entonces jugábamos con cualquier invento que nos fabricábamos. Una rueda y la horquilla para llevarla rodando por las calles sin asfaltar, con la que había que tener mucha habilidad para evitar que se fuera al suelo; el tirachinas y la honda, artefactos más propios de las guerras entre hombres primitivos que a nosotros, nos servían para tratar de lanzar cantos lo más lejos posible o afinar la puntería con cualquier lata *ad hoc* que encontrásemos o buscáramos en nuestras casas; o el juego del lirio, que consistía en dos palos de olivo, uno corto y otro largo, bien acondicionados y colocando el más pequeño en el suelo y mediante un golpe le hacíamos saltar por el aire, donde recibía otro golpe más fuerte aún, tratando de hacerlo llegar lo más lejos posible, que determinaba el ganador, ya que el perdedor siempre era el dueño del cristal sobre el que se estampaba el palito, quien salía corriendo tras de nosotros acordándose de nuestra parentela.

Otros juegos eran más «normales», sin necesidad de artilugios. El más simple, era la pídola que permitía saltar por el lomo del sufridor, pero había alternancia y eso lo hacía llevadero porque dependía del número de actuantes; era el sustituto de aparatos de gimnasia que todavía no estaba a nuestro alcance; el potro y el caballo modernos aún eran raros. Una variante era el burro y que, a poco que se esforzaran los actuantes terminaban con romperle la espalda o la rabadilla al que tenía que soportar el peso del resto de la cuadrilla.

Después llegó el juego de ladrones y civiles, que no ofrecía muchas reglas, ya que estaban claras y definidas. El campo de acción era la Plaza y calles de alrededor. Siempre era al pilla pilla, pero si se utilizaban armas... las piedras eran en algunas ocasiones -las menos, afortunadamente-, el recurso más barato y que producían para disgusto general, mejores chichones cuando no una brecha sangrante, que de momento se resolvía con el pañuelo del bolsillo y posteriormente ya en la casa, amén de la consiguiente regañina, con esparadrapo y yodo; las caídas en las carreras, más de una vez terminaban con las rodillas hechas unos zorros. La variante eran jugar al escondite con las mismas reglas, menos cuando la ocultación se hacía en el portal de algún vecino y entonces más de uno tuvo que poner pies en polvorosa. Los balones para el fútbol al principio eran de trapo o de goma, pero al evolucionar la técnica aparecieron los balones con cierre de cuerda de cuero, que no producían precisamente cosquillas al darle un cabezazo en busca del deseado gol.

Fuera de los juegos los niños hacíamos otras actividades que eran fruto de nuestra imaginación. Excursiones con o sin bocadillo a Sierra Cruzada o a las Canteras, o simplemente ir al campo a coger grillos y meterlos en jaulas que previamente confeccionábamos con juncos. La natación la satisfacíamos con incursiones al «Charcón», a las «Nogueras» o a la «Quinta», y en años posteriores se construyó una piscina en la «Pileta» que mejoró nuestras actividades acuáticas,

previo pago de su importe, ya que las anteriores eran de «gañote» y, además, si se tropezaba de camino con una buena higuera se satisfacía el hambre por el ejercicio practicado. Una actividad muy halagadora era por San Antón, en el mes de enero, ir a la Sierra en busca de piornos y aulagas para la hoguera que se quemaba en la puerta de cada casa y ahí sí que rivalizábamos en poner el montón más grande.



Niños bañándose en La Balsa, h. 1905. Foto de Arturo Cerdá y Rico.

Por esos años y de manera más formal y seria apareció el club local de fútbol Once azul que muchos días de diversión y gloria nos proporcionó a los niños -incluso contó con jugadores de nuestra pandilla-, con sus victorias sobre equipos de localidades limítrofes o en torneos. Hubo un equipo de baloncesto, creo recordar que su nombre era Hesperia, que jugaba en un campo junto a la huerta de la Casa Grande. Los jugadores eran de una generación anterior a la nuestra, por lo que nuestra misión se reducía la de meros espectadores. El balón volea (así se llamaba entonces el voleibol actual), en el que sí contó con nuestra participación, pero de ella me vi excluido porque mi padre no ganaba para gafas ya que salía a una por partido. Torneos de este deporte se organizaban en la Plaza de abajo y tenían gran acogida. Los inviernos en los años 40 eran muy duros, llovía mucho y nevaba más. Recuerdo que en la «Fuente de taza» de la plaza se helaba la superficie del agua, formando un cristal de hielo de varios centímetros de espesor, que permitía que los niños se subieran en él, como en un tío vivo dando vueltas, salvo que nos localizara el municipal de turno y entonces nos corría por las calles próximas. No existía la calefacción y en la escuela, un método para mitigar el frío era llevar un artefacto fabricado en la casa con una caja grande de carne de membrillo a la que se le ponían unas asas y se llenaba de ascuas. Después entre las piernas surtía efecto al par que nos crecían los sabañones y las cabrillas en las piernas, mientras el maestro disfrutaba con su brasero particular, que para eso era maestro.



Una de las formaciones del mítico Once Azul a finales de la década de los cuarenta. Fuente: «Fotos para el recuerdo», grupo de Facebook de fotos antiguas de Cabra del Santo Cristo.

No todo eran juegos en esos años de nuestra niñez. Un gran protagonismo tenía la cultura y recurriamos a la biblioteca que había en la Casa Grande en donde retirábamos libros para devolverlos después de leídos; los de viajes y fantásticos eran los preferidos y así empezamos a entrar en lo que sería nuestra formación y a través de ellos conocí al capitán Nemo e hice un Viaje al centro de la tierra. El autor más buscado era Julio Verne siendo el preferido por sus aventuras y personajes que hasta nos resultaban reales. Otro medio de lectura estaba en los tebeos que nos intercambiábamos: el Maravillas o el Flechas y Pelayos, subproducto del periódico de nuestro padre o las aventuras de Flash Gordon héroe temerario y sus odiseas fantásticas eran nuestro alimento cultural, sin olvidar más tarde las aventuras de Roberto Alcázar y Pedrín a quienes nada se les resistía venciendo siempre a

los malos, como está mandado. Este material, en más de una ocasión sufrió secuestro por nuestros padres, toda vez que rivalizaban con la *Cartilla de Rayas* o la *Enciclopedia*, que eran nuestros libros de texto en la escuela, o los cuadernos de cuentas y los de «palotes» que hacíamos para mejorar nuestra caligrafía.

Los años de la posguerra estuvieron en buena parte dirigidos hacia nosotros por los campamentos del Frente de Juventudes. Tenían su encanto, durante diez o quince días vivíamos lejos de nuestra familia, con independencia y organizándonos a nuestro aire, pero sobre todo disfrutábamos de actividades y deportes al aire libre, relacionándonos con otros niños de nuestra edad con los que se establecían lazos de amistad que perduraron. Luego venían las charlas de «formación», que a nuestra edad poco nos podían formar y que poco después, se habían olvidado toda vez que nos esperaba la piscina o el balón, que era lo importante en realidad. La Sección Femenina, que era nuestra antagonista, también tenía para nuestras compañeras y amigas del otro género actividades similares o recreativas, que influyeron en su formación y que nos proporcionaron exhibiciones de bailes regionales en la Plaza de arriba; sus trajes de pastira o de flamenco fueron junto a sus danzas nuestra primera incursión en el folklora de nuestra región.

Las relaciones entre ambos sexos eran de lo más simple, compartíamos juegos y actividades en la casa o en la calle, mientras fuimos de corta edad; la rayuela o la comba eran los favoritos, aunque siempre llevaban ventaja nuestras oponentes. Después, cada mochuelo a su olivo, aunque siempre existió una auténtica separación ya que nos diferenciábamos por las pandillas, aunque mantuviéramos amistad sincera y buena colaboración. En aquellos años la principal actividad social era los encuentros en la Plaza y pasear, de arriba a abajo, mientras sonaban los conciertos de la banda municipal -en un estrado, al efecto- contando batallitas con las amigas y así nacieron las primeras parejas. Otras veces, las citas eran en La Quinta y en sus verdes praderas nos daban las tantas con charlas interminables y temas exentos de profundidad. Fueron unos tiempos inolvidables que cimentaron nuestra amistad para el futuro.

Los amigos fuimos una piña en todo y todo lo celebrábamos juntos. Organizábamos bailes sociales en el Casino, junto a personas mayores y disfrutamos de nuestra amistad en los años que estuvimos juntos, pero luego llegó la diáspora y nuestras relaciones se separaron, no así nuestra amistad que siempre perduró. La llegada a Cabra en aquellos años de don Manuel Pelegrín, gran músico y director de la banda municipal, propició la formación de rondallas e incluso una estudiantina, que revolucionó al pueblo; se desempolvaron trajes antiguos para dar carácter y se llenaba de ilusión la calle cuando los adolescentes salimos a cantar jotas y coplas. Era inolvidable aquel torneo de músicos aficionados y cantantes, no menos expertos.

Un día, era el 6 de agosto de 1945, -la precisión de la fecha no puede ofrecer dudas- salíamos de oír la Misa de 12 y le dieron a mi padre el periódico del domingo. La noticia de primera página era algo así: *Los americanos han lanzado una bomba atómica sobre Hiroshima*. Yo tenía once años, lo cual no impidió que tomara conciencia de aquella importante noticia. Leyendo la publicación nos enteramos de que la destrucción de la ciudad fue total y que se iniciaba el fin de la Segunda Guerra Mundial. Me alegraba en mi fuero interno que perdieran «los malos», que eran los japoneses (al menos así lo entendía, de forma simple),

aunque hubiera preferido fuera de otra manera por la cantidad de víctimas. Poco tiempo después se iniciaban los Juicios de Núremberg, de los que ya no entendía casi nada, toda vez que los antecedentes que también suponían otro golpe a «los malos» me eran desconocidos. Los años que vinieron después me dieron claridad sobre el por qué fue su causalidad y el origen de aquella tragedia.

Nuestros juegos se vieron truncados por acontecimientos importantes, que fueron actualidad en su tiempo. Un día del verano de 1947, era el mes de agosto, estando jugando en la Plaza, llegó Lalo con la noticia: *Manolete ha muerto*. Nos quedamos sorprendidos porque no sabíamos mucho del tema, nuestra edad no daba para ello -el que más, tenía trece años-. Y continuó: *Ayer estuve con mi padre en Linares y lo cogió un toro*. Nos contó, a su aire, como había sido y sólo mostramos interés en conocer incidentes menores y ahí quedó todo, ya que no volvimos a preocuparnos por su relato dado a que nuestro pensamiento estaba en oír por la radio la retransmisión por la tarde de un partido de fútbol.

Un hecho que se nos grabó en la memoria para siempre -por lo trágica- fue la llegada a la Plaza, a la puerta del Ayuntamiento del cadáver de un hombre, subido en un mulo. Resultaba que fue perseguido por la guardia civil cuando la huida de «los maquis» a la sierra y fue localizado y muerto cuando se encontraba huido en un cortijo cercano. Fue un hecho terrible, que entiendo debió ser hurtado a los niños por la impresión que causó. Eran las consecuencias de un drama que sacudió nuestra tierra y que también afectó a nuestro pueblo. No puedo precisar la fecha, por ser muy pequeño, pero debió ser a principio de los cuarenta.

Si bien estos acontecimientos marcaron nuestra sociedad en aquellos días, no es mi intención seguir relatando sucesos de aquella época, porque no pretendo actuar como una hemeroteca y para ello está la prensa. Solamente he recordado estos, significando con ello que, pese a nuestra poca edad también los niños estábamos en el conocimiento de lo sucedido en nuestro mundo pasado.

Hasta aquí llega este retro a lo que fue mi infancia y adolescencia, que vivió una época para mí inolvidable y que recoge con los ojos de un niño parte de lo que fue la vida y lo sucedido en nuestro pueblo. Los mayores de entonces sí que podrían contar más y sus ojos serían diferentes. Eran otros tiempos, ni mejores ni peores, simplemente eran distintos y así los he recordado. Habré olvidado muchas cosas, pero mi intención fue recordar aquellos años 40 y 50 del pasado siglo, tristes para muchos, pero que yo tuve la suerte y la oportunidad de vivirlos con unas edades, que ojalá volvieran. Pero ese es otro cantar.

Las vivencias de los primeros años marcan a las personas, pero el recuerdo hace revivirlas, y al final, los niños son niños.

Después mi vida siguió, me fui a estudiar a Granada, terminé mi carrera, oposiciones, me casé, mi familia, mis hijos, ahora mis nietos, trabajo mucho trabajo, jubilación y ..., así será hasta que Dios quiera...